

auxilio de un lego italiano, criado en España, llamado Fr. Daniel, primer maestro que los naturales tuvieron en el arte de bordar, se estableció esa nueva industria, en que sobresalieron los indios, porque como ya había entre ellos maestros tan señalados en las labores de pluma, combinaron ese hermoso arte con el que de nuevo aprendieron, y producian labores primorosas, perfeccionadas con el conocimiento de las reglas del dibujo. Por iguales términos se ejecutaban allí los demás objetos necesarios para las iglesias, y se establecieron tambien talleres de artes mecánicas donde trabajaban canteros, herreros, carpinteros, sastres, zapateros, y otros. Ya se entiende que todos esos oficios no podian ser ejercidos por los niños de la escuela, porque ni su edad ni sus ocupaciones lo permitian, sino por otros indios mayores que el buen padre recogia y enseñaba. Asegura un cronista, y bien puede creerse, que á no haber sido porque desde el principio aquel santo religioso cuidó de que los indios se perfeccionasen en los oficios que ya sabian, y aprendiesen los nuevamente introducidos por los españoles, nada hubieran adelantado á lo que sus antepasados sabian. Porque sobre estar aturdidos los indios con las guerras y calamidades pasadas, los artesanos españoles, muy léjos de procurar enseñarles lo que sabian, les ocultaban cuidadosamente los secretos de sus oficios, porque una vez dueños de ellos los indios, trabajaban mucho más barato, como hoy día sucede, y quitaban á los españoles las crecidas ganancias que sacaban del monopolio, por ser pocos ó únicos los de cada oficio. Fr. Pedro no se contentaba con enseñar lo que podía, sino que ayudaba de buena gana á los indios en sus diligencias para sorprender los secretos de los artesanos españoles á quienes servian de oficiales ó criados; y con tal motivo se cuentan anécdotas curiosas que muestran bien cuánto era el empeño de los indios por aprender, y la facilidad con que lo grababan imitar los artetactos de los extranjeros. Completaba el gran establecimiento de nuestro Fr. Pedro, una pequeña celdilla á donde á ratos se reti-

raba á recogerse y cobrar nuevas fuerzas en la oracion; pero sin perder nunca de vista á sus discípulos.

## VI.

Admira ciertamente la disposicion que mostró Fr. Pedro para enseñar artes que no sabemos hubiese aprendido. Tal vez en su juventud, cuando vivía en el mundo, se instruiría en algunas de ellas, como la música y el canto; pero no es creible que en todas, y ménos en las puramente mecánicas. No aparece que en la escuela de San Francisco hubiese otros catedráticos y maestros, que el mismo Fr. Pedro y algunos de sus compañeros de hábito, como los padres Basacio y Caro, y el lego Fr. Daniel. No podía ser de otro modo, porque no se contaba con renta para pagar maestros seglares. Verdad es que la construccion de los edificios corría entonces á cargo de los indios; pero como tan pobres, no podian dar sino su trabajo. Fr. Pedro pedia limosnas para sus educandos, y no bastándoles, solicitaba del rey un corto auxilio en maíz y dinero. El Emperador concedió una limosna, que no sabemos á cuanto ascendia, librada en penas de cámara, ó sea multas; pero como no las habia, resultó ilusoria la merced. Por lo visto, el parentesco de Fr. Pedro de Gante no sirvió de mucho para que el Emperador favoreciese la escuela.

Dependencia de ella, aunque no contigua, era la enfermería que construyeron los frailes para curar á los niños que se educaban en el monasterio, y tambien para los que de fuera viniesen. Con ese objeto pidieron al Ayuntamiento un sitio al otro lado de la acera que corría por la calle de S. Juan de Letran, y es el mismo donde despues estuvo el colegio de ese nombre. En 12 de Julio de 1529 concedió el Cabildo ese terreno, y los frailes, con ayuda de los indios, edificaron un hospital tan grande, que á veces había en él trescientos y cuatrocientos enfermos. Fr. Pedro corría tambien con esa casa, le procuraba limosnas, y la recomendaba al Emperador, pidiendo con instancia que se le asignase alguna renta. Pero poco despues, habiéndose resuelto la fundacion de un colegio para *mestizos*, se tomó aquel edificio, con promesa de dar á los frailes otro equivalente para

el hospital, lo que no llegó á tener efecto.

En nuestra época de afan, más ruidoso que sincero, por el aumento de la instruccion pública, y cuando anunciamos á són de trompeta la apertura de una triste escuela de primeras letras, antes mala que buena, no conocemos ni admiramos como debiéramos los gigantescos esfuerzos de aquel pobre lego, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenia durante medio siglo una magnífica iglesia, un hospital y un gran establecimiento que era á un tiempo escuela de primeras letras, colegio de instruccion superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro completo de civilizacion. Calcúlese lo que costaría hoy al erario un establecimiento semejante; el sinnúmero de catedráticos, maestros y empleados que exigiría, y no podrémos ménos de llenarnos de asombro al ver que unos cuantos frailes, dirigidos por un lego, hacian todo aquello, que solo era una pequeñísima parte de sus imponderables trabajos apostólicos.

## VII.

Antes de resolverse á consagrar enteramente su vida á la enseñanza, sintió el P. Gante graves tentaciones de abandonar la penosa tarea y volverse á su patria; pero acudiendo á la oracion, logró triunfar de sí propio, y prosiguió incansable, instruyendo y civilizando á los indios. Correspondian estos cordialmente al afecto que les mostraba el padre: le preferían á todos los demás religiosos, por caracterizados que fuesen: le obedecian gustosos en cuanto les mandaba: á él acudian en todos sus negocios y trabajos, como á verdadero padre, de manera que realmente de él dependia el gobierno de los indios de México y su comarca; tanto que el Sr. Arzobispo Montúfar, inmediato sucesor del Sr. Zumárraga, solía decir: "Yo no soy arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante." Más claramente se vió cuando á consecuencia de cierto falso testimonio que levantaron al padre, fué desterrado á Tlaxcala, donde permaneció poco tiempo, por haberse probado muy pronto su inocencia. Obtenido el

permiso de volver, quiso embarcarse en Tezcoco para entrar de noche á México; y excusar el recibimiento que los indios le preparaban; pero no fué tan secreta la resolucion, que los indios no la supieran, y salieron á encontrarle con gran flota de canoas, haciéndole una solemne fiesta, en que simularon un combate naval, y luego le llevaron hasta su aposento entre danzas y regocijos. Aun despues de muerto conservaron de él grata memoria. El cronista refiere que una india tenia por devocion vestir algunos frailes; y habiendo llegado una vez con seis hábitos, dijo al P. Fr. Melchor de Benavente, encargado de la capilla de S. José, que los diera á seis religiosos que nombró, y entre ellos á Fr. Pedro de Gante. Díjole entonces el P. Benavente: "Hija, ¿no sabes que Fr. Pedro es difunto?"—Sí lo sé, replicó la india; pero yo doy este hábito á Fr. Pedro: dálo tú á quien quisieres." De esa manera, á fuerza de beneficios, logró el P. Gante cambiar el carácter de los indios, de quienes decia en su primera carta, que no hacian cosa alguna, sino compelidos, y que era imposible sacar nada de ellos por halago y dulzura; lo cual atribuía á que nunca habian aprendido á obrar por amor á la virtud, sino solamente por temor y apremio. Además de los beneficios que aquí les hacía, abogaba calurosamente por ellos ante el Emperador. Procuró licencia para ir en persona á defenderlos allá, y no habiéndola alcanzado, escribió una carta casi exclusivamente con ese fin. En ella traza un vivo y doloroso cuadro de las miserias de los indios. Clama contra los servicios personales, el exceso del tributo, el alquiler forzado y la multitud de pleitos en que algunos estafadores los enredaban, como todavía sucede, para sacarles cuanto tenian. Se queja de que con el exceso del trabajo no les dejaban tiempo para recibir la doctrina, é iban por eso en decadencia las cosas de la religion, al mismo paso que la despoblacion de la tierra. Pide el remedio de todo con sentidas palabras, y dice: "Vasallos de V. M. son: la sangre de Cristo costaron: sus haciendas les han tomado: razon será que se duela de ellos, y pues están desposeidos



de sus tierras, en pago les ganen ánimas. Con avisar cumplo lo que debo, cuanto á Dios. Se declara, por supuesto, enemigo de los repartimientos; y con mejores deseos que conocimiento de las cosas, propone que se sustituyan con pensiones ó juros á los españoles.

## VIII.

El mérito del humilde lego no podía ocultarse á sus superiores, y considerando, sin duda, que no debía permanecer en aquel estado, pues si en él hacia cosas tan grandes, mucho mayores las haría elevado al sacerdocio, le enviaron por tres veces licencia para ordenarse: la primera del Papa Paulo III: la segunda del capítulo general celebrado en Roma (1538), y la tercera de un nuncio apostólico de la corte del Emperador Carlos V; pero Fr. Pedro nunca quiso usar de ellas. El mismo Emperador le ofreció el obispado de México, al tiempo de erigirle, segun unos, ó en la vacante del Sr. Zumárraga, segun otros. Esto se ha tenido por dudoso; pero consta del testimonio del P. Fr. Diego Valadés, que conoció y trató mucho al P. Gante. Refiere el hecho y añade: «De lo cual puedo ser buen testigo, porque en su nombre escribí muchas respuestas, y ví las cartas del César llenas de afecto y de benevolencia.» Excusado es decir que quien había rehusado tres veces el sacerdocio, ménos aceptaría la dignidad episcopal. Así pudo continuar consagrado á la enseñanza de los indios hasta el día de su muerte, que ningun cronista de la orden fija. Betancurt coloca la vida de Fr. Pedro en el día 29 de Junio, en que la Iglesia celebra la fiesta del Apóstol cuyo nombre llevaba nuestro lego; pero no dice que en tal día falleciera. Acaso no hubo cuidado de anotar en los registros de la orden la fecha de la pérdida de uno de sus más esclarecidos miembros, y por eso al formar Betancurt su *Menologio*, puso á Fr. Pedro en el día de su santo.

Sin embargo, la fecha puede fijarse muy aproximadamente, pues la pintura contemporánea publicada por M. Aubin expresa que el padre Gante fué sepultado el domingo 20 de Abril de 1572, de donde se deduce que murió uno ó dos días antes. Su edad pasaba de noventa años.

Grande y justo fué el duelo que hicieron los indios por su muerte: en inmenso número asistieron á su entierro, derramando lágrimas: vistiéronse de luto, y despues de haberle hecho muy solemnes exequias en comun, se las hicieron en particular cada cofradía de las que habia fundado, cada pueblo y aldea de la comarca, y aun varias personas particulares: Pidieron el cuerpo á los prelados de la orden para sepultarle en la capilla de S. José, lo que les fué otorgado. No sabemos á donde pasaría cuando esta capilla fué derribada: probablemente al lugar del mismo convento en que reposaban sus compañeros, cuyos restos fueron dispersados en 1862 para abrir la calle á que se dió el nombre de *Gante*; sin duda con sana intencion, aunque parece un sarcasmo, pues existe gracias á la destruccion del convento donde moró el venerable lego, y su apertura dió causa á aquella sacrilega profanacion. Hoy el gran templo de S. Francisco, cuna de la civilizacion del pueblo indígena por los misioneros católicos, es una catedral protestante.

Conservaron los indios el retrato del P. Gante en la capilla de San José y en otras partes; pero hoy no se halla alguno en cuya semejanza pueda confiarse. México le debe una estatua, con mucha más razon que á otros que la tienen. Acaso nuestros descendientes pagarán esa deuda al venerable varon, al santo religioso de sangre real, que renunció al mundo y consumió la mayor parte de su vida en el destierro, entre gente rústica y desconocida, para defender, ilustrar y amparar á los desvalidos, á los ignorantes y á los pobres.

JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA.



ALMANAQUE DEL TIEMPO. BELLAS ARTES

LA MUERTE DE ATALA. Cuadro original del pintor mexicano D. LUIS MONROY, que existe en la Academia de S. Carlos de México.



## EL CUENTO DE MARGOT.

(INÉDITO, y escrito para este Almanaque.)

Vamos Margot, repíteme esa historia  
Que estabas refiriéndole á María,  
Ya ví que te la sabes de memoria  
Y debes enseñármela, hija mía.

—La sé porque yo misma la compuse  
—¿Y así no me la dices? anda ingrata;  
—Tengo compuestas diez—¿Cómo! repuse,  
¿Te has vuelto á los seis años literata?

—No, literata no; pero hago cuentos....  
—No temas que tal gusto te reproche....  
—Al ver á mis hermanos tan contentos  
Yo les compongo un cuento cada noche.

—Y ¿cómo dice el que contando estabas?  
—Es muy triste papá; qué, ¿no lo oíste?  
—Solo oí que lloraban y llorabas....  
—¡Ah! sí; todos lloramos; ¡es muy triste!

Imagínate un niño abandonado,  
De grandes ojos de viveza llenos,  
Rubio, risueño, gordo y colorado,  
Como mi hermano Juan, ni más ni menos.

Figúrate una noche larga y fría  
De muda soledad, sin luz alguna,  
Y ese niño muriendo, en agonía,  
Encima de la acera, no en la cuna....

—¿En las heladas lozas?.....  
.....—Sí, en la acera....  
Es decir en la calle....  
.....—¿Qué amargura!  
—Hubo álguien que pasando lo creyera  
Un olvidado cesto de basura.

Yo pasaba, le ví; bajé mis brazos  
Queriendo darle maternal abrigo  
Y envuelto en un pañal hecho pedazos,  
Lo alcé á mi pecho y lo llevé conmigo

Lloraba tanto y tanto el angelito  
Que ya estaban sus párpados muy rojos....  
Y á cada nueva queja, á cada grito  
El alma me sacaba por los ojos....

Me lo llevé á mi cama; entre plumones  
Lo hice dormir caliente y sosegado....  
¿Cómo hubo en este mundo corazones  
Capaces de dejarle abandonado?

¡Ah! yo sé por mi libro de lectura  
Que estudio en mis mayores regocijos,  
Que ni los tigres en la selva oscura  
Dejan abandonados á sus hijos.

¡Pobrecito! yo sé su mal profundo,  
Le curo como madre toda pena....  
¡Parece que este niño en este mundo  
No es hijo de mujer sino de hiena!

De mi colchón en el caliente hueco  
Duerme para que en lágrimas no estalle....  
Y llorando Margot, mostró el muñeco  
Que en cierta noche se encontró en la calle.

JUAN DE DIOS PEZA.

México, 8 de Enero de 1887.



## UN EPISODIO MINERO.

Soldados del abismo llama Simonin á los intrépidos y esforzados mineros que en lucha continua con la inerte naturaleza, y esgrimiendo las armas poderosas del trabajo en la pacífica milicia de la Industria, penetran atrevidos á las entrañas de la tierra, para sacar de sus oscuros antros los elementos que constituyen la base de la riqueza, del bienestar y del engrandecimiento de las naciones.

En extremo adecuada nos parece esta comparacion, cuando vemos esa tropa de trabajadores uniformados, que provistos de su herramienta y de sus explosivos, avanzan todos los días á emprenderes peligrosos ataques, cuyo resultado es siempre un triunfo, y cuyos despojos constituyen un botin espléndido, que muchas veces no se alcanza sin tener que lamentar una víctima.

¡Cuántas veces el minero, como el soldado, avanza sobre el punto que su deber y su profesion le designan, con la serenidad en el semblante, con la risa en los labios, con el entusiasmo en el corazon, de cuyo punto no regresa sino en los hombros de sus atribulados compañeros, que sostienen, rodeándolo de precauciones, la improvisada camilla de un herido, ó el ataúd improvisado de un cadáver.

Repetidas veces he tenido ocasion de admirar las analogías establecidas en la exacta figura de Simonin, y una entre otras, que con los detalles de un episodio doloroso, viene hoy á mi memoria, confirmando esta notable exactitud.

Me hallaba al frente de la Negociacion minera de.....donde los trabajos de explotacion y beneficio se sostenian con cierto grado de actividad.

La veta en que estaban localizadas las labores, era notablemente ancha y armaba en una roca que los litologistas

llaman pizarra arcillosa y los geólogos refieren al período de transicion.

Las lajas de la pizarra están unidas entre sí por la arcilla, que es muy pegajosa, estando las inferiores sostenidas por la masa de que está formada la veta.

La irregularidad con que en ella está distribuido el mineral que contiene el metal precioso que es el objeto de la explotacion, es causa de que en algunos puntos este mineral se extienda en proporciones anormales; y arrancado en su totalidad por los trabajos de disfrute, quedan extensas excavaciones, que en el lenguaje minero se designan con el nombre de *comidos*, y cuando son muy extensas, *salones*.

Con el objeto de impedir que la masa de la veta que está colocada en la region superior de las labores, que forman parte del respaldo del alto, se derrumbe por falta de apoyo, se acostumbra dejar un maciso, más ó ménos extenso, entre los dos respaldos, que apoyándose en el del bajo, sostiene al del alto, y lleva el nombre de *bordo*.

En uno de estos macisos colocado cerca de un *salon*, donde hacia mucho tiempo que no se llevaban los trabajos, trabajaban cuatro paradas de barreteros que habian armado sus *tarangos* (1) y *tapexbles*. (2)

Una mañana en que me habia propuesto no bajar á la mina, pues me hallaba ocupado en la ejecucion de unos ensayos, fui sorprendido por la llegada

(1) Tabiques de madera provisionales, con los que se improvisa un piso en los claros en que falta un apoyo.

(2) Especie de andamios, colocados provisionalmente, para alcanzar determinadas alturas, y poder abrir los barrenos, rasgos y demás operaciones necesarias al laborio.

de una *boleta*, (1) suscrita por el minero de cuarto.

Se me participaba en ella una novedad, que consistía en el desprendimiento de una *pegadura* (2) en una labor poblada, á consecuencia de lo cual se tenia que lamentar una desgracia.

Sin perder un instante me trasladé á la mina, cuyo extenso patio se hallaba invadido por una inmensa multitud, formada por las familias de los operarios, que eran presa de la más congojosa ansiedad; de los empleados y operarios que trabajaban en el exterior, y de los curiosos que en semejantes casos nunca faltan.

Informado por el capitán de patio de que uno de los lastimados lo habia sido gravemente, hasta el punto que se temia que hubiera dejado de existir, dispuse que inmediatamente se acudiese por el sacerdote y por el médico; que tan pronto como éstos llegaran bajasen acompañados por un dependiente, y que los paleros (3) de reserva acudieran sin tardanza á recibir órdenes al lugar del siniestro.

Rápidamente bajé por el tiro al piso donde habia ocurrido la desgracia; y al dejar el cable en la ventanilla correspondiente, encontré al minero de cuarto que me esperaba y me informó minuciosamente de lo ocurrido.

"Se vino—me dijo—una *pegadura*, que no fué posible preveer, porque esta piedra no avisa: se llevó el tarango y el tapexble, y los que estaban allí volaron 14 varas: uno de ellos quedó atorado en un pretil, colgado de las piernas, que con el peso del cuerpo se le quebraron, y le cayó encima toda la *cherrera*, (4) haciéndolo pedazos."

Me detendré lijeramente á dar una idea de este fenómeno.

Como he manifestado, el *bordo* en

(1) Toda noticia que hay que comunicar en la mina, se hace por escrito, y la constancia de ella, se designa con el nombre de *boleta*.

(2) Masa adherida á la roca por una sustancia diferente.

(3) Se llaman paleros, y tambien ademadores, á los operarios que tienen á su cargo la fortificacion; y estas denominaciones se derivan de las voces *ademe*, que es la fortificacion de madera, y *palos*, nombre vulgar con que ésta se designa.

(4) Derrumbe de la piedra floja.

que se encontraban los trabajos, estaba cerca de un extenso salon, en cuyo cielo las enormes lajas se hallaban sostenidas por la arcilla.

Esta sustancia, que por su prolongado contacto en una atmósfera húmeda habia absorbido una gran cantidad de agua, á causa de sus propiedades higrométricas, ejerció cierto empuje que causó un principio de desagregacion en las lajas de la pizarra.

El acceso de los trabajos, llevó allí un manantial de calor, en el concurso de la gente, en la presencia de las luces, en la combustion de los explosivos; cuyo calor determinó la contraccion de la arcilla, y por consiguiente su desagregacion con los fragmentos de pizarra que quedaron sin el apoyo suficiente.

Agregando á esto la conmocion del aire por las diversas operaciones del trabajo, y sobre todo, por las detonacion de los barrenos, las grandes masas de roca, abandonadas á su pesantez, se desprendieron causando el derrumbe con sus horrosos estragos.

Despues de oír tan corta y significativa reseña, y de haber sido informado de que el desgraciado barretero habia sobrevivido á un golpe tan terrible, me apresuré á verlo, temeroso de encontrar-me con un cadáver.

En un largo cañon, que daba acceso al lugar de la desgracia, yacia el herido sobre unos zarapes con que sus compañeros le habian improvisado un lecho, rodeado de todos los mineros, que abandonando sus labores, habian ocurrido, al recibir la noticia.

Y aquí debo hacer notar un hecho que he observado en casi todos los Minerales del país, y que hace honor á los sentimientos humanitarios de nuestros mineros.

Tan pronto como tienen noticia de una desgracia, vuelan dejando su trabajo, su herramienta, y hasta su ropa, deseosos de prestar sus servicios; y con un arrojo que admira, con una intrepidez que entusiasma y con una abnegacion que conmueve, exponen su vida por salvar á sus compañeros, aun cuando tengan la certeza de que no van á tener otro resultado sus esfuerzos, que sacar un cadáver de entre los escombros.



Y ésto es tanto más digno de admirar, cuanto que muchas veces el salvador y la víctima, son enemigos irreconciliables.

Al penetrar al cañon en que el desgraciado herido se encontraba, sus ayes dolorosos y apagados me hicieron conocer que aún vivía; y cuando estuve cerca, me admiré de que pudiera conservarse la vida en una organizacion tan destrozada.

Casi todos los huesos estaban fracturados; las partes blandas formaban colgajos entre masas de sangre coagulada; los ojos desprendidos de sus órbitas, y todo el rostro horriblemente desfigurado.

Parece que nada de ésto le dolía, pues de nada hacia mencion; y solamente se quejaba de un dolor agudísimo "en la cintura;" era que la columna vertebral estaba rota, y tal vez las vértebras comprimian la porcion de lá médula espinal, desalojada de su centro.

Con vivas instancias me suplicó ordenara que lo sacasen de la mina, á lo que no pude acceder por el temor de que al moverlo sucumbiera: temor que me confirmó el médico, que llegó á los pocos instantes, y á quien supliqué no tocara aquel cuerpo tan mutilado, mientras el Sacerdote no ministrara los auxilios de la Religion á aquella alma que no tardaba en abandonarlo.

No sé cuántos minutos pasaron en el relox que marca el tiempo; ni cuántos siglos en el almanaque que mide la ansiedad, cuando tuve aviso de que el Sacerdote se hallaba en el patio de la mina; y que tal vez por mala inteligencia, esperaba que sacaran al moribundo para auxiliarlo.

Inmediatamente salí para llevarlo conmigo; y como el tránsito por el tiro es el más rápido, por él determiné la bajada.

El Sacerdote nunca habia visitado una mina; y al verse suspendido en la extremidad de un cable al borde de un abismo, en un asiento incómodo é inseguro, perdió la moral.

Mal colocado sobre un asiento que por primera vez ocupaba, y sin tiempo para tomar las precauciones propias del caso, poco á poco fué resbalando; y mis

esfuerzos para sostenerlo ayudándole con mi apoyo, hubieran sido inútiles, sin la velocidad con que descendimos. Tres minutos más hubieran hecho aquella situacion insostenible, pues yo sentia agotada la fuerza muscular en una posicion incómoda, y mi compañero de viaje, preso de un pánico que no estaba en su mano vencer, nada hacia para ayudarse.

Otra circunstancia vino á hacer esta bajada más difícil, á la vez que más peligrosa.

Un hermano del herido, tambien barretero, quien se hallaba fuera de la mina por corresponderle trabajar en el pueblo por la tarde, ansioso de ver á su hermano que espiraba, solicitó el permiso de bajar conmigo; y antes de que tuviera tiempo de contestarle, cuando habia ya el malacate puéstose en movimiento, se asió del cable, creyendo que podría sostenerse.

A ménos de la mitad del trayecto se sintió expuesto á caer, y buscando un punto fijo para sostenerse, colocó el pié sobre mi pecho, como único apoyo que se le presentaba.

Llegados á la ventanilla, mi primer cuidado fué preguntar si aún vivia el moribundo; y una impresion tan grata, como la que se experimenta al verse libre de una angustia, reanimó mi espíritu, por tantas emociones atribulado.

Llegamos sin tardanza cerca del herido, que al oír mi voz pronunció mi nombre.

Convencido por este signo indudable de que conservaba el conocimiento, le dirigí una breve exhortacion, manifestándole que estaba á su lado el Sacerdote que le llevaba los auxilios del cristiano, y salí en seguida, con todos los que allí estaban, dejando sclos al confesor y al penitente; al juez y al reo; al criador y á la criatura; á Dios y al hombre.

Unos minutos despues fuimos llamados, para asistir á un espectáculo que se pudo presenciar, pero que no se puede describir: el Sacerdote se dispuso á celebrar el sacramento de la Extrema Uncion.

Arrodillado, pues la poca altura del

cañon no le permitia estar de pié; con su estola morada en el cuello; con las palabras del perdon en los labios y con el óleo santo en las manos, pronunció las acostumbradas oraciones, cuyos ecos se reforzaban por las condiciones acústicas del lugar; y aplicó esta última espiritual medicina, rodeado de centenares de luces, que derramaban su tibio resplandor sobre aquellas espesas tinieblas.

Terminado este acto tierno, conmovedor y solemne, el Sacerdote aplicó una indulgencia especial, levantando de nuevo su autorizada mano, para darle de nuevo la absolucion.

En seguida se dispuso la traslacion del herido, que ofrecia serias dificultades, dadas las condiciones de su estado y la estrechez de los caminos.

Confiada la direccion de este trabajo al médico, y su ejecucion á los paleros; dadas en el exterior las órdenes correspondientes para que el ascenso por el tiro fuera lenta y cuidadosa; despren-

did los caballos del malacate, en cuyo lugar se colocaron hombres, y tomadas todas la precauciones necesarias, se sacó al herido, que en el trayecto sufrió un completo desmayo; en seguida se le trasportó á su casa, donde se le hizo una ineficaz curacion, y donde murió dos horas despues, víctima de los más atroces sufrimientos.

Episodios como el que acabo de describir son por desgracia frecuentes en las minas, pues sus causas se hallan fuera del alcance de la prevision y de la vigilancia, y son inseparables de los trabajos subterráneos y de las condiciones en que se practican.

Mucho se ha conseguido para disminuir estas desgracias, que no pueden evitarse por completo; y esta circunstancia influye, y no poco, á hacer más laudable, más meritorio y más digno de consideracion, el indispensable, útil y rudo trabajo de las minas.

S. R.

(Escrito para este Almanaque).

## CUENTO VERIDICO.

A mi estimado y fino amigo José M. Talamantes.

I.

Aun no ha pasado mucho tiempo de lo que voy á referir.

Allá por los años de 1845 á 1847, existió en esta buena ciudad de México, un judío—¿dónde no los ha habido?—que llamó especialmente la atencion por su sed insaciable de atesorar riquezas, adquiridas casi siempre por medio del robo lícito, vulgo, usura.

Hasta en su aspecto físico se le habria conocido lo negro que tenia el alma: cuerpo bastante bajo y más que bajo completamente encorvado; ojos rojizos y provocadores; nariz que apenas sobresalía del óvalo de la cara; boca contraída y cubierta en la parte superior por unos pelos blancos y lácios á

guisa de bigote; cuerpo que hubiérase tomado, á causa de su forma y pequeñez, por un maletín de viaje; brazos cortos y enjutos; y finalmente, como digno complemento de tipo tan extravagante, dos piernas, tan cortas como torcidas y flacas, en cuyas extremidades ostentábanse dos piés extra-medida, forrados en zapatones de gamuza: tal era la figura que á cuevas cargaba D. Isaac Ramith, que así se llamaba nuestro héroe.

Todo el dia y gran parte de la noche, mirábasele sentado en su escritorio, sobre antiquísimo sillon de cuero, sin recibir más visitas que las de sus numerosos clientes; á veces no solía permitir que fueran á distraerlo ni las mismas personas de su familia, que la tenia, y